

JOSE T. DE CUELLAR.



MEDITACION.

Era la tarde; y entre nubes rojas  
El sol con lento paso descendia;  
El aura mansa en la arboleda umbría  
    Agitaba las hojas.  
Sobre el mullido césped reclinado,  
A la orilla de límpido arroyuelo,  
Lejos del vano mundo, sosegado,  
Fijaba mis miradas extasiado  
En el cóncavo azul del alto cielo.

Blando susurro, plácida armonía  
Se escucha por do quier: la noche en tanto  
Va descorriendo ceniciento manto  
    Ante la luz del dia.

La niebla se levanta lentamente  
Del lago manso á la gigante cumbre,  
Y forma un cortinaje transparente,  
Del que al través se mira en Occidente  
Del astro rey la moribunda lumbre.

¡Oh, qué me place contemplar del dia  
La última luz sobre el opuesto monte,  
Y de grana teñido el horizonte,  
    Donde la noche umbría

Estenderá su negra colgadura.  
¡El sol! ¡el sol! de Dios inmensa tea,  
De Dios tan solo portentosa hechura,  
Que al descender de su encumbrada altura,  
En un mar de zafir se enseñorea!

¡El sol! ¡astro magnífico! el destino  
Constante que te guía por la esfera,  
Es la mano del Solo que pudiera  
    Pararte en tu camino....

En tu camino.... ¡ay triste! ¡y qué sería  
Del pobre mundo sin tu lumbre pura?  
¡En una noche eterna viviría?  
No: que sin tí, segura encontraría  
Tan solo su infinita supultura.

Te vas, ¡oh sol! á iluminar lejana  
Otra region, á despertar un mundo,  
A quien cual nuncio, en su dormir profundo,  
Le envies la mañana.

Así, tambien, en nuestro Oriente oscuro,  
Fiel precursora de tu luz dorada,  
Detrás del alto, derruido muro,  
Aurora asomará su disco puro,  
Con velos de amaranto coronada.

Por eso en el crepúsculo me inundo  
De indecible placer; el sol se hunde  
Tras de la parda cima, y se difunde  
La sombra sobre el mundo.

Por eso ¡oh tardel! solitario, errante,  
Busco tu grata y apacible calma;  
Por eso á meditar vengo anhelante,  
Porque dichoso de tu faz delante,  
De religion, de fe se inunda mi alma.

Es la hora de quietud... los blandos sueños  
Leves hendiendo la region vacía,  
Para extinguir la animacion del dia,  
Derraman sus beleños.

Es la hora de quietud... gime la fuente,  
Y gime la paloma en la enramada  
Con dulce murmurar, con voz doliente,  
Y al labrador se mira indiferente  
Guiar por el sendero su manada.

Yo te amo, ¡oh tardel! yo amo tu armonía;  
Hora de paz, me gozo en tu hermosura;  
Tu fresca brisa al respirar tan pura,  
Me trae la melodía

De las canoras aves, tarde amena;  
Al escuchar en la pradera verde  
El canto de la parda filomena,  
Mi mente en el delirio se enajena,  
Y la memoria del dolor se pierde.

Del arroyo que pasa murmurante  
Al discurrir la onda cristalina,  
La tierna grama de su borde inclina  
Y piérdese al instante....

¡Y á dónde va, cruzando presurosa  
Entre juncias y alfombras de verdura,  
Con pabellon de madreSelva y rosa,  
Y con música dulce, melodiosa,  
Que entona el ave en la floresta oscura?

¡Y á dónde va el mortal? ¡Tambien su vida  
Está sembrada de pintadas rosas;  
Despues llega á veredas tortuosas,  
Y á un mar en su caída!....

¡A un mar! ¡á un mar cuyo profundo seno  
Ha tragado á los siglos lentamente!  
De víctimas jamás estuvo lleno,  
Y de la muerte el matador veneno  
Envia mas y mas constantemente....

¡Y esta sentencia no excluirá á ninguno,  
Que una segur terrible levantada,  
Irá lanzando á la insaciable nada

Mortales uno á uno!....

¡Jamás se llenará? ¡aunque algun dia  
Suene en el mundo la funesta trompa,  
Y el Supremo Hacedor de la armonía,  
Para dejar á la creacion vacía,  
Los duros ejes de la tierra rompa?

.....

Altos arcanos son, en vano lucha  
La mente del mortal; la duda impera;  
Opuso Dios altísima barrera

Ante su ciencia mucha.

Y el hombre, el hombre que insensato siente  
La duda germinar, de orgullo henchido  
Eleva al cielo la ardorosa frente,  
Y demanda, ¡infeliz! para su mente  
Un destello de luz apetecido.

Clama, y en vano con sus voces llena  
El ancho espacio; cércale la duda,  
Que su saeta al enterrarle aguda,

El pecho le envenena.

Y llora, ¡tristel en su falaz desvío,  
Que necio osó sobre su orgullo insano,  
En su infelice, loco desvarío,

Con atrevido pensamiento impío  
El velo descorder del hondo arcano....

¡Cuántas veces lloré! y cuántas veces  
Sobre la áspera peña contemplando,  
Sentí en mi pecho con dolor filtrando  
De la duda las heces.

Yo contemplé la mar, el bosque umbrío,  
Y al dirigir mi vista al alto cielo,  
Surcó veloz el pensamiento mio  
Por el éter purísimo, vacío,  
Para rasgar el misterioso velo.

Y luces ví de nítido diamante  
Esparcidas do quier, blancas estrellas  
Que despedían de sí cada una de ellas  
Destello rutilante.

Magníficos fanales misteriosos,  
¡Sois acaso las fulgidas moradas  
De los que el mundo al olvidar dichosos,  
Volaron á escuchar los deliciosos  
Conciertos de las músicas sagradas?

¡Quién sois, cuyo brillar nunca sereno  
Así la luz de vuestra faz fulgura,  
Desde esa inmensa, incomprensible altura?  
¡Qué existe en vuestro seno?  
¡Guarda, tal vez, de la divina esencia

Un átomo que Dios destina al hombre,  
Ya libre de su mísera existencia,  
Cuando llegada la postrer sentencia  
Del Supremo Hacedor la voz le nombre?  
.....

Siempre dudar, y en la mezquina mente  
Siempre la sombra del error oscura.  
Tósigos ¡ay! apuro de amargura,  
Si indago vanamente  
De la creacion el misterioso encanto.  
Por eso, ¡oh tarde! en tu tranquila calma,  
Vendré á escuchar del ruseñor el canto,  
Y á procurar alivio á este quebranto,  
Cruel, agudo torcedor del alma.

Yo beberé tus auras bullidoras  
Henchidas de suavísima fragancia,  
Recordaré de mi feliz infancia  
Las encantadas horas.

Y si al fijar mi vista fatigada  
En el azul del estrellado cielo,  
Volviere yo á sentir duda obstinada,  
La blanca fé, de luces rodeada,  
Al alma triste le dará el consuelo.

1850.



## LAS NUBES.



¡Nubes flotantes, húmedos vapores,  
Viajeras incansables del espacio,  
Que vestís los colores  
Del rubí, del zafiro y del topacio!  
Veros me place; el sol os ilumina  
Y le tendeis magnífica cortina.

¡Las nubes! silenciosas mensajeras  
De las azules cóncavas alturas,  
Que destendeis vistosas  
En el éter flotantes colgaduras;  
¡Oh! ¡cuánto goza el corazon si miro  
Vuestro voluble é incesante giro!

Yo os amo, ¡oh nubes! porque acá en mi mente  
Me revela una voz dulce y sonora

En mi delirio ardiente

Lo que allá en vuestros senos se atesora:  
Sí, yo comprendo, nubes vaporosas,  
Vuestras gigantes cifras misteriosas.

Yo os amo; y cedo al celestial encanto  
Que me inspirais, deidades de los vientos,

Y alzo mi ardiente canto

Porque á vosotras llegan mis acentos;  
Y hallando así mi plácido recreo,  
Siempre girar sobre mi frente os veo.

Y si en contornos frágiles, livianos,  
Al blando soplo del ligero viento,

Revelais los arcanos

De vuestra esencia, entonces el pensamiento  
Se dilata en la bóveda del cielo,  
Creciendo mas mi infatigable anhelo.

Sí; porque miro en vuestras formas varias  
De alcazáres los muros dertiidos,

Las torres solitarias,

O de monstruos alígeros unidos,  
La fantástica tropa que pelea  
Y del poeta el ánima recrea.

Mil perspectivas de óptica brillante  
Semejais otras veces: de oro y grana

El astro fulgurante

Con riquísima tinta os engalana,  
Y allá sobre las cúspides del monte,  
Lentas formais espléndido horizonte.

Cuando brillais ¡oh nubes! y la sombra  
Va estendiéndose triste por el suelo,

Sois la mullida alfombra

En que pasean los ángeles del cielo;  
Que mientras el mundo en su letargo se hunde,  
Lampo de oro por vosotras cunde.

Mas viene la tiniebla amenazante  
Sus crespones tendiendo por la esfera,

Y ruge rebramante

El ábrego en su rápida carrera;  
Se difunde el terror en la natura,  
Y tiembla el universo de pavora.

Los pálidos relámpagos serpean  
Con fosfórico brillo, del torrente

Las rápidas ondean,

Truena la tempestad sobre mi frente;  
Y allá hasta el centro de la negra nube  
Mi pensamiento á deleitarse sube....

A deleitarse, sí; que esos vapores  
Que lleva el viento en revoltosos giros,  
                    Hablan á mis dolores  
Y del bardo recogen los suspiros:  
Esas nubes tambien, como mi alma,  
Despues del rayo gozarán la calma.

¡Por qué tiemblan cual míseros gusanos  
Los hijos del placer y los amores,  
                    Los ricos cortesanos,  
Al escuchar los vientos bramadores?  
¡Por qué se entregan á letal desmayo  
Cuando en el éter se desprende el rayo?

¡Y por qué os ocultais tras las cortinas  
Y cerrais vuestras góticas ventanas,  
                    Cobardes mesalinas,  
Mas hechiceras cuanto mas livianas?  
¡Por qué sentís desgarrador quebranto,  
Transido el torpe corazon de espanto?

¡Ah! sí; temblad los que en infanda orgía  
Los crímenes sedientos apuraron,  
                    Y con torpe ironía  
Sacrílegos de todo blasfemaron:  
¡Temblad, mientras al son del ronco trueno  
Alza el poeta su cantar sereno!

Gózome, sí, con el sonoro canto  
Que ajeno de las míseras pasiones  
                    Con júbilo levanto;  
Que al rebramar de fieros aquilones,  
Resuenan en el cóncavo vacío,  
La voz de mi Criador y el canto mio.

1852.



ANDRES DAVIS BRADBURN.



EL TOQUE DE LA ORACION.

Oculto el sol su lumbre en el ocaso  
Y el ancho firmamento se oscurece....  
Natura su silencio nos ofrece....  
Y todo nos convida á meditar....  
Las luces del crepúsculo sombrío  
Reflejan en la cúpula del templo,  
Y entre sus sombras débiles contemplo  
Los altos edificios blanquear.

Y allá á lo lejos rutilante estrella,  
Que al elevarse deja el horizonte....  
Y encima se miró del pardo monte  
La luna plateada relucir.

Y azul el firmamento cual zafiro,  
A la meditacion conduce el alma:  
Y aquella dulce, misteriosa calma,  
Me hace olvidar entonces mi existir.

Hora sublime en que extasiado el hombre  
Libre vagar permite al pensamiento....  
En que disfruta plácido contento,  
Que no se halla mezclado con dolor.

Hora en que las pasiones enmudecen  
Y en tranquilo sentir el alma queda:  
A la luz de la bóveda que rueda,  
Mi espíritu levantas al Señor.

.....  
En medio del silencio, en el santuario,  
El son de la campana retumbó,  
Y en varios templos, siendo repetido,  
Nos anunció vibrando la oracion.

Y los ecos renuevan á lo lejos  
De la plegaria mística la voz;  
Y en alas de los vientos la conducen  
A donde brilla para siempre el sol.

En esta hora en que el tumulto vago  
Del mundo muere y sus acentos mil,

Y en que tal vez las voces del sepulcro  
 El alma débil piensa distinguir,  
 Fija mi vista, inmóvil en el cielo,  
 Siento con fuerza el corazon latir,  
 Y el pensamiento, alzándose á los astros,  
 Entre ellos vuela, sin hallar su fin....

Sobrecogida de temor el alma  
 Súplica fervorosa dirigió,  
 Que conducida por el suave viento,  
 Cual puro incienso, se elevó al Señor....  
 Y sublime la voz de la campana  
 En medio del silencio resonó....  
 Y los lejanos ecos repitieron  
 En el espacio inmenso, la oracion.



## MANUEL DIAZ MIRON.



### VERACRUZ.

Bañada por las olas atlánticas se eleva  
 Do alzábanse en un tiempo las Ventas de Buitron, (1)  
 Y allá en su altiva frente con sangre escrita lleva  
 Su historia y sus desdichas, su gloria y su blason.

Un tiempo á sus riberas llegaron las legiones  
 Que el genio condujera del célebre Cortés,  
 Y alzaron de Castilla los regios pabellones  
 Allí donde las olas bañando están sus piés:

(1) La poblacion de la Villa-rica de Veracruz fundada por Hernan Cortés, se trasladó, por orden del virey D. Gaspar de Zúñiga, en 1600, á las playas llamadas de las "Ventas de Buitron," por haberse construido en ellas algunas casas de madera y palma para uso del gobernador entonces de Ulúa, D. Francisco Buitron.